

y de sus esfuerzos por intervenir en su desenvolvimiento. Huelga decir que esta ambivalencia no fue ajena a otras políticas públicas relacionadas con actividades económicas estratégicas, como los ferrocarriles o el petróleo. Sea de ello lo que fuere, en la práctica la importancia del comercio exterior siguió siendo crucial, pues las exportaciones constituían la principal fuente de divisas y las importaciones eran vitales para proseguir el sueño largamente acariciado de la industrialización. El trabajo que reseñamos posee, entre otros, el mérito de arrojar luz sobre esas fuerzas contradictorias que marcaron el desarrollo del comercio exterior en el periodo que culminó la transición al México moderno.

Sandra Kuntz Ficker
El Colegio de México

GABRIELA CANO, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets, 2010, 259 pp. ISBN 9786074211542

Se llamaba Elena Arizmendi, escrito por Gabriela Cano, forma parte de la serie "Tiempo de memoria" de la editorial Tusquets, y representa una contribución bienvenida al valioso trabajo de editoriales como Demac, con biografías e historia oral de mujeres, como la de Matilde Montoya, primera médica mexicana, por Ana María Carrillo (Demac, 2002); Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, por Alicia Villaneda (Demac, 1994); Evangelina Corona, por Patricia Vega (*Contar las cosas como fueron*, Demac, 2008), y sobre obreras, como lo escrito por Verena Radkau (*"La fama" y la vida*, La Casa Chata, 1984) y Jorge Basurto (*Vivencias femeninas de la revolución*, INEHRM, 1993). En *Se llamaba Elena Arizmendi*, ya en su segunda edición, Gabriela Cano recoge los detalles de la vida de Arizmendi, los narra con inteligencia y sa-

bor, y la ubica dentro de las corrientes intelectuales, culturales y políticas de México en la primera mitad del siglo xx.

La vida de Elena Arizmendi (1884-1949) se entreteje con la historia mexicana, se forja en relaciones personales y profesionales, y cruza fronteras internacionales. Arizmendi nació y creció en México, y a los 25 años de edad asistió a una escuela de enfermería (Santa Rosa Training School for Nurses) en San Antonio, Texas (1909-1911). Durante su estancia en Estados Unidos, a fines de 1910, conoce a Francisco I. Madero y su esposa Sara, quienes estuvieron exiliados en Texas. Los lazos de amistad con los Madero fueron decisivos en el regreso de Arizmendi a México en 1911, cuando ella decidió formar un cuerpo voluntario de socorro médico, la Cruz Blanca Neutral. Arizmendi ofreció sus servicios, y los de la Cruz Blanca Neutral (CBN), en el campo de batalla, incluyendo los alrededores de Ciudad Juárez en 1911. Ese mismo año, Madero otorga reconocimiento oficial a la organización, que queda como Cruz Blanca Mexicana (CBM). La afiliación oficial resultó problemática y esto, en combinación con la lucha por el poder entre la fundadora, por un lado, y los médicos y jóvenes estudiantes por el otro, hizo que Arizmendi fuera destituida del puesto de presidenta honorífica. Durante estos tiempos difíciles Arizmendi entró en contacto con José Vasconcelos, una relación que marcó la vida de los dos, a pesar de que terminara en pocos años y Arizmendi se casara con el estadounidense Robert Deursch (1918). Aunque el matrimonio no duró, Arizmendi siguió en Estados Unidos, en Nueva York, por más de 25 años, entregada a escribir y a labores feministas, hasta el año 1938 cuando regresó a México.

En manos de Cano, la historia de Elena Arizmendi aporta los placeres de la biografía, enriquecidos por una nueva perspectiva sobre el momento histórico. Arizmendi vivió un momento de cambios para las mexicanas. Por ejemplo, para mujeres de cierto rango social, como Arizmendi, fue un momento de cambio en el

ejercicio del poder. A principios del siglo muchas mujeres participaron en actos de caridad como parte de su papel de mujeres de sociedad; sus actividades formaban parte integral de la esfera política considerada como dominio masculino. Era una política de influencias, dada la falta del sufragio femenino y la modesta participación de las mujeres en los entornos de política formal. Así que, por ejemplo, las hermanas, madres y tías Madero formaron parte de la red filantrópica y política del movimiento maderista. Sara Madero sirvió de presidenta de la Cruz Blanca Mexicana y, con otras mujeres de su familia, participó en actividades filantrópicas, que a la vez de ser actos privados, también sirvieron de apoyo al gobierno: dormitorios para niños sin hogar, alimentos para niños y jóvenes, y promover la protección de la mujer obrera y de la madre (pp. 72, 105-107). Las labores de estas mujeres cruzaban la frontera entre actos privados y la formación de instituciones públicas. A pesar de que la Cruz Blanca Mexicana dejó de existir con el cuartelazo de Victoriano Huerta, los esfuerzos de Arizmendi, las mujeres Madero y muchas otras más contribuyeron a la formación de instituciones gubernamentales subsecuentes. Durante el gobierno de Ávila Camacho la Cruz Blanca quedó asimilada a la Secretaría de Salubridad y Asistencia (p. 194).

Cano ubica a Arizmendi dentro del mundo de la historia intelectual de las mujeres de principios del siglo xx, lo cual es, a la vez, una nueva versión de la diplomacia entre naciones. Arizmendi participó en el Congreso de Mujeres de Baltimore, Maryland, organizado por la Liga de Mujeres Votantes de Estados Unidos y por la sufragista Carrie Chapman Catt. El Congreso le dio a Arizmendi la oportunidad de asociarse tanto con otras mujeres latinoamericanas como con las de Estados Unidos. Esto último, no siempre de su agrado. Algunas representantes de Estados Unidos hicieron declaraciones públicas sobre el supuesto peligro de los países latinoamericanos para la mujer emancipada (p. 163).

Mujeres como Carrie Chapman Catt y Lady Nancy Astor eran incapaces de reconocer en las mujeres de países latinoamericanos las condiciones y los derechos de los cuales se sentían orgullosas, derechos algunas veces mejores que los reconocidos en Estados Unidos. Arizmendi nota, por ejemplo, la definición legal del matrimonio bajo la legislación civil napoleónica (pp. 161-162). Sin embargo, para las estadounidenses, los países latinoamericanos estaban dominados por la Iglesia católica (entendida por ellas como fuerza de sumisión de las mujeres) y por hombres que veían en las mujeres nada más un valor sexual. Sus experiencias con las sufragistas anglosajonas llevaron a Arizmendi a formar la Liga de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, o Liga de Mujeres de la Raza (1923), una red de intercambio de información y de contrapeso a la cultura estadounidense. “Las mujeres norteamericanas que ya ganaron todos sus derechos ahora son aliadas de la política dominadora de sus hombres”, escribió Arizmendi en una carta a su amiga uruguaya Paulina Luisi (pp. 158, 164). La Liga fue, además, un contrapeso a la Liga Feminista Panamericana, con su delegación mexicana formada por Elena Torres, Eulalia Guzmán y Luz Vera, mujeres que se diferenciaron de Arizmendi por ser más de izquierda en su política y afiliadas con el gobierno mexicano, y por lo tanto involucradas en esfuerzos panamericanos y de acercamiento entre el gobierno estadounidense y el gobierno mexicano (pp. 158, 162).

Cano demuestra cómo el trabajo de Arizmendi a favor de las mujeres latinoamericanas representaba una voz femenina en el entorno intelectual y enriqueció el arielismo. En su libro *Ariel* (1900), el escritor uruguayo José Enrique Rodó convocaba a la juventud hispanoamericana a formar una unión entre los países de la América hispana. La cultura hispanoamericana se caracterizaba por su nobleza y elevación espiritual. En contraste, la cultura estadounidense se consideraba materialista, pragmática y sumamente preocupada por ejercer el poder. A pesar de su atractivo,

la imagen del futuro que el arielismo invocaba no dejó espacio a identidades modernas para las mujeres hispanoamericanas. Arizmendi actuaba según el espíritu del arielismo, favoreciendo las alianzas entre las mujeres hispanoamericanas, pero sin reacción tan anti-Estados Unidos como la de, por ejemplo, Gabriela Mistral. Tampoco llega a la posición de Carmen Burgos, autora española de *La mujer moderna y sus derechos* (1927), quien no coincidía con privilegiar a un feminismo específico para la cultura hispánica (p. 179).

Eje central de estas conversaciones entre mujeres en ciertos círculos del momento fue cómo debían las mujeres equilibrar la vida doméstica y la vida pública. Arizmendi se encontraba en la cúspide del cambio. Recibió una educación porfiriana que aunque promovía la educación de las mujeres, apenas las instruía en cuanto a practicar una profesión; Arizmendi es de las tempranas generaciones de mujeres que obtuvieron un entrenamiento profesional en el campo de la enfermería. Es el mismo momento cultural de las tensiones encontradas en la Ley de Relaciones Familiares (1917), que en el artículo 43 estableció la igualdad entre esposos en cuanto a su autoridad dentro de la familia, especialmente en relación con la educación de los hijos, mientras que el artículo 44 reestableció la responsabilidad de la mujer de atender todos los asuntos domésticos requeridos para mantener el hogar. Si poco se cuestionaba la centralidad de la maternidad (aún Arizmendi, imposibilitada para tener hijos, enfatizaba la importancia de la maternidad y en su obra intelectual), cada vez más las mujeres de las clases media y alta buscaban mayor participación en la vida pública. Gabriela Mistral insistía en que las mujeres colaboraran en el proyecto arielista “como madres de familia o madres espirituales”, y que las jóvenes evitaran seguir el modelo estadounidense, lo cual caracterizaba como una “traición a la raza” (p. 173). En contraste, Arizmendi lee y prefiere a la sueca Ellen Key, quien consideraba que aunque la maternidad y el trabajo

en el espacio doméstico debieran privilegiarse, esto último eran compatibles con derechos amplios para la mujer, tanto políticos como en cuanto al trabajo remunerado fuera del hogar (p. 143). Key, además, sostenía que las mujeres tenían pasiones sexuales que se debían reconocer, y que la vida sexual forma parte básica de la vida del matrimonio. Las creencias de Arizmendi informan su obra *Vida incompleta; ligeros apuntes sobre mujeres de la vida real* (1927), en donde retrata a una mujer que balancea perfectamente la vida doméstica y la vida pública.

Las primeras décadas del siglo xx experimentaron una transición en las relaciones íntimas, y Cano hace una aportación importante a la historiografía al explorar el entretregido de la vida personal, las relaciones de pareja y la vida pública. Arizmendi representaba para Vasconcelos una nueva relación de pareja que no tenía como principal razón de ser formar una familia, como piedra angular de ella, una “esposa mártir” (p. 150). Vasconcelos se enamora de Arizmendi al poder compartir con ella conversaciones sobre cultura, política y la vida nacional; ella representa para él la posibilidad de una vida de pasiones compartidas, tanto culturales como carnales (p. 170). En todo eso Vasconcelos encontraba el polo opuesto a su matrimonio con Serafina Miranda. Cano sugiere que, además, le convenía a Vasconcelos el hecho de que Arizmendi estaba imposibilitada para la procreación. Estos nuevos modelos de relaciones de pareja tenían sus propias tensiones, Arizmendi experimentó con la moda de las mujeres de la época —su adaptación de la moda flapper, cabello corto, y “su vida con acento feminista”, que muchas veces fue para él causa de disgusto. En este aspecto, Cano ofrece ricos detalles sobre el tema de la política de las apariencias, contribuyendo a los estudios de, por ejemplo, Anne Rubenstein en su ensayo sobre las pelonas (*Género, poder y política en el México posrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010). Cano indaga en los matices de la historia de las relaciones íntimas y la forma

en que su vida, está entretejida con la vida pública; Vasconcelos se conocía como partidario de los derechos de las mujeres. En una entrevista en *Revista de la Raza*, hecha por Arizmendi, Vasconcelos apoya la emancipación de la mujer y la igualdad de oportunidades educacionales entre los sexos. Además, Vasconcelos incluye al sufragio femenino en su plataforma presidencial de 1929 (p. 152).

Tanto Arizmendi, en *Vida incompleta*, como Vasconcelos, en sus *Memorias* (editadas en cuatro volúmenes entre 1935 y 1939), escribieron obras literarias ficticias, o con personajes ficticios, basados en sus vidas personales. Las dos obras sirvieron para desahogarse de sus experiencias amorosas y para combatir las malas lenguas (p. 149). Cano analiza, con gran perspicacia, la publicación de las dos obras como muestra de la importancia de las relaciones privadas dentro de los círculos del poder público y de las tensiones en las relaciones de género tanto dentro de las relaciones de pareja cómo en la vida pública, sobre todo para las mujeres. Mientras que para Arizmendi el fracaso de su relación con Vasconcelos se debía al hecho de que él estaba casado Cano demuestra cómo, en *La tormenta*, Vasconcelos escribe que el fracaso de la relación era por la ligereza de Adriana (Arizmendi). Las diferencias entre las dos versiones responden tanto a las discrepancias entre los amantes como a la expresión de las relaciones de género del momento.

Se llamaba Elena Arizmendi, con su forma narrativa de biografía, nos ofrece una perspectiva sobre los vaivenes de una vida. Así, es una historia que inspira. Por cierto, durante su vida, Arizmendi sirvió de inspiración a mujeres de la generación subsecuente. Esperanza Brito de Martí (hija de Rodolfo Brito de Foucher y Esperanza Moreno) encontró inspiración en la vida y los logros de Arizmendi, a pesar de las diferencias generacionales. Brito de Martí, una joven educada por su familia a seguir una vida tradicional, centrada en el matrimonio y la vida hogareña,

y a no asistir a la universidad ni buscar una vida profesional, encontró inspiración en la vida de Arizmendi. Brito de Martí, una figura central en el feminismo de los años setenta y ochenta, sirvió de directora de la revista *Fem* y promovió manifestaciones callejeras en apoyo de la maternidad voluntaria y la despenalización del aborto (p. 195). Arizmendi también inspiró a muchos cuando en 1938 regresó a México y retomó su labor de atender a la niñez marginada y a huérfanos, con alimentación, albergue, y atención médica.

Seguramente el libro, y la vida de Arizmendi, servirán de inspiración a generaciones futuras, quienes aprenderán de Elena Arizmendi y sus luchas personales y políticas por mejorar la vida de las mujeres y a favor del bienestar mexicano. El libro es, además, instructivo sobre los tejidos de la historia política, intelectual y cultural mexicana. Se espera que la publicación del libro sirva de inspiración a otros académicos para escribir libros dirigidos a un público amplio —en especial de la historia de las mexicanas—, que las casas editoriales creen las oportunidades para publicarlos y que la profesión valore esta labor de rescate, entendimiento histórico profundo y creatividad.

Susie S. Porter
University of Utah